

¿Cómo pudiera Jesús, en el día de su glorioso triunfo, olvidar á su Sagrada Madre, que no le olvidó cuando El estaba pendiente en el patíbulo? Había dicho el rey David: «Si me olvidare yo de ti, ¡oh Jerusalén! entregada sea al olvido mi mano diestra. Pegada quede al paladar mi lengua, si no me acordare de ti, ¡oh Santa Sión! si no me propusiere á Salén por el primer objeto de mi alegría» (1). María es la bella Sión, la ciudad de Dios, inundada por Dios mismo con inmenso júbilo, cuando Su Majestad se presenta delante de sus ojos, resplandeciente de gloria y hermosura. Está con Ella; no será conmovida, y al descubrirle su divino rostro, el Señor aliviará sus penas (2).

Jesús, pues, se presenta á la Sagrada Madre; mas su aparición no es repentina: el ángel que la había anunciado en otro tiempo la Encarnación del Verbo en sus entrañas virginales, hoy la saluda con estas palabras: «Alégrate, Reina del cielo, pues ha resucitado el Dios que llevaste en tu seno» (3).

¡Oh, Santa Madre! Vuestros hijos, al contemplaros gozando de la vista de Jesús, os bendicen con toda la efusión de su cariño: muy digna sois, querida Niña, de que el mismo Dios, vuestro Hijo, venga á consolaros; que él mismo sea quien enjague vuestras lágrimas, y con dulce y amorosa voz, te diga: «Cesen tus labios de prorrumper en voces de llanto, y tus ojos de derramar lágrimas,

(1) Ps. CXXXVI, 6, Rupert, cit.

(2) Ps. XLV, 5, 6. Sylveira cit.

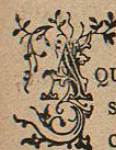
(3) D. Vincent. Ferreir, Sermon. 1, in Pascha.

pues por tu pena recibirás galardón (1). ¿Cuál otro más rico y estimable pudiera darte el Señor, que presentarse delante de tus ojos, lleno de gloria y majestad divinas, colmando tu alma de gracias y favores celestiales? Mas en medio de tu gozo, Madre Santa, no te olvides de tus pobres hijos; derrama en su triste corazón una gota siquiera de consuelo; dulcifica sus amargas penas, y al respirar en medio de ellas, haz que te alaben y bendigan, y confiesen que todas las gracias del Señor les vienen por tu mano; que Tú eres la tierna y amorosa Madre que no puede, en su contento y alegría, dejar de dividir entre sus hijos una parte del consuelo que rebosa su santo corazón. ¡Consuelo de afligidos, ruega por nosotros!

CAPÍTULO XVIII.

LA ASCENSIÓN DE JESUCRISTO.—SENTIMIENTOS
DE SU SANTA MADRE.

§ I.



QUELLOS días que el Señor permanecía sobre la tierra, después de haber resucitado, estaban llenos de misterios y consuelos; Su Majestad se manifestó á los apóstoles, dándoles muchas pruebas de que vivía,

(1) Hierem., xxxi, 16

apareciendo repetidas veces, y hablándoles de las cosas tocantes al reino de Dios (1). ¿Cuáles serían los consuelos y dulzuras de los afortunados discípulos de Jesús, y sobre todo de su Santa Madre, al contemplar aquel rostro tan hermoso y lleno de grandeza y majestad, las miradas de Jesús, tan suaves y amorosas, y oír las palabras que salían de sus divinos labios, llenas de dulzura y bondad, y penetrar los misterios más sagrados de su amor? Pero tan dichosos días tocaban ya su término, y era necesario que Jesús fuese al Padre; semejante separación, si bien tristísima para nosotros, era, sin embargo, conveniente, pues ¿cómo esta tierra, llena de miseria y corrupción, pudiera ser digna morada de Jesús, que había resucitado á una vida inmortal y gloriosa? (2). Que los hombres que pasan la vida en la desgracia, vida semejante á la flor que nace y es cortada, y luego se marchita, y como una sombra huye y desaparece, sin permanecer jamás en un mismo estado (3); que los hombres, decimos, que llevan agobiada el alma bajo el peso de un cuerpo corruptible (4), vivan en la tierra, no es extraño; mas ¿cómo Jesús, nuestro pontífice, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, y más elevado que los cielos (5), pudiera estar siempre viviendo con nosotros? Por lo mismo, que el primer Adán,

(1) Act. I, 3.

(2) D. Th., III p., q. 57, a. 1.

(3) Job, XIV, 1, 2.

(4) Sap., IX, 15.

(5) Heb., VII, 26.

terreno, permanezca en este mundo, mientras el segundo, celestial, se levanta sobre el mismo cielo (1). Y nosotros cantemos entretanto con David: «¡Oh Dios, ensálzate Tú mismo sobre los cielos, y haz brillar tu gloria por toda la tierra!» (2).

El Señor, siempre digno de bendición y gloria, concluída la obra que le tenía confiada el Padre, tiene que recibir la recompensa merecida por su admirable y santísima obediencia, por la cual todas las criaturas tendrán que confesar que Jesús está en la gloria del Padre (3).

Mas la Ascensión de Jesucristo, sin embargo del dolor inmenso que sentimos cuando Su Majestad se oculta á nuestros ojos tras la nube, nos es más útil que su presencia corporal, pues así se aumenta y confirma nuestra fe, la cual es un convencimiento de las cosas que no se ven (4); aumenta también la esperanza y el amor divino, y por esto había dicho Jesucristo: «Yo voy á preparar lugar para vosotros. Y cuando habré ido y os habré preparado lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde Yo estoy estéis también vosotros» (5). El Señor, pues, en su Ascensión, nos dió como una prenda para poder llegar al cielo. «Donde quiera que se hallare el cuerpo, allí se juntarán las águilas» (6). Su Ma-

(1) I Cor., XV, 47.

(2) Ps. LVI, 6.

(3) Philip., II, 11.

(4) Heb., XI, 1.

(5) Joann., XIV, 2, 3.

(6) Matth., XXIV, 28.

jestad es el buen pastor, el Rey y el Señor de los cristianos; y al subir al cielo, no ha hecho sino ir delante de nosotros para abrírnos el camino, y que, siguiendo sus pisadas, podamos forzar la puerta, pasar por ella, y entrar en la morada celestial (1). Y estos títulos de pastor, Rey y Señor nuestro, indican la humildad, la obediencia y amor con que hemos de seguirle. Para confirmar tan bellos sentimientos, decía el Divino Salvador: «Os conviene que Yo me vaya, porque si Yo no me voy, el Consolador no vendrá á vosotros, pero si me voy, os lo enviaré» (2).

«La Ascensión de Jesucristo es causa de nuestra salud», nos dice el Angel de la Escuela, tanto por nuestra parte como, por parte del Señor.»

Elévase nuestra alma á buscar las cosas celestiales, al contemplar á Jesucristo sentado á la diestra de Dios Padre (3). Aumenta nuestra devoción y reverencia hacia el Divino Redentor, al verlo allá en los cielos, resplandeciente de gloria y poderío, obedecido y adorado de los ángeles, y exclamamos como el gran Apóstol: «Si, en otro tiempo conocimos á Cristo en cuanto á la carne, esto es, mortal, teniéndole tan sólo por hombre; pero ahora ya no le conocemos de esta suerte» (4).

Por otra parte, del Señor, su gloriosa Ascensión es también causa de la salud de nuestras almas, pues Él es nuestro pontífice, que entró en

(1) Mich., II, 13.

(2) Joann., XVI, 7. D. Th., cit. Ad Tertium.

(3) Coloss., III, 1.

(4) II Cor., V, 16.

el cielo para interceder por nosotros (1). La misma carne que consigo lleva, es un ruego perenne por nosotros, pues habiendo Dios exaltado en Jesucristo la naturaleza humana, tendrá misericordia de aquellos por quienes la tomó el Divino Hijo.

Finalmente, el misterio que venimos contemplando es para nosotros como una fuente inagotable de gracia celestial: «El Señor subió á los cielos, decía San Pablo, después de David, y derramó sus dones sobre los hombres» (2).

Veamos ahora la grandeza y hermosura que descubrimos en la Ascensión de Jesucristo.

Si atendemos á la condición de quien se eleva sobre los astros del cielo, veremos que conviene á Jesucristo, en razón de su naturaleza humana; y así tenemos que decir que asciende en cuanto es hombre, y no según que es Dios; pues nada existe más elevado que la divinidad, á donde ésta pudiera levantarse; ni el movimiento local que nos revela la Ascensión, conviene á la naturaleza divina; mas la humana no puede por su propia virtud remontarse á las nubes, y por esto, considerada la causa de la Ascensión de Jesucristo, Su Majestad subió por la virtud divina, y según que es Dios. ¡Admirable grandeza del poder divino, que tan maravillosamente ha exaltado en Jesucristo la humana condición: condescendencia inefable de Jesús, digna de todas las adoraciones de

(1) Heb., VII, 25.

(2) Ephes., IV, 8. D. Th., cit. a. 6.

los hombres y de las eternas alabanzas de los ángeles!

Jesucristo ha subido al cielo por su propia y divina virtud y por la virtud propia de un alma gloriosa que mueve su cuerpo según le agrada; y subió Su Majestad sobre todos los cielos, para llenar todas las cosas (1). Lo cual es manifiesto: cuanto más perfectamente participa el cuerpo de la bondad divina, tanto es superior á los otros en el orden local; y esta participación está más perfectamente consumada por la gloria que por la forma natural del cuerpo, y entre todos los cuerpos gloriosos ninguno brilla con tan pura y espléndida luz como el cuerpo sagrado de Cristo.

Este santísimo cuerpo del Señor subió sobre todos los ángeles y está puesto sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominación, y sobre todo nombre, por celebrado que sea, no sólo en este siglo, sino también en el futuro, y tiene todas las cosas bajo sus pies, y es la cabeza de toda la Iglesia, así militante como triunfante (2).

La más distinguida y excelente nobleza pide más elevado lugar; por esto, al espíritu, que es supremo entre toda sustancia, corresponde el más sublime asiento, que es el cielo: el cuerpo de Jesús, atendida su natural condición, es inferior al espíritu; pero si vemos la íntima unión que tiene con Dios, descubriremos que es superior al espíritu, y lo excede por su augusta dignidad; y por

(1) Ephes., IV, 10.

(2) Idem, I, 21, 22.

esto se halla más alto en los cielos que todos los ángeles (1).

Contemplemos otras grandezas que nos sigue descubriendo en la Ascensión del Señor el Ángel de la Escuela.

Jesús, al subir á los cielos, se sentó á la diestra del Padre; hé allí la mansión eterna de nuestro amado Señor en la felicidad de su Padre. Por nombre de diestra entendemos la gloria y el honor de la divinidad, la dicha del Padre, el poder de juzgar; y la sesión designa la divinidad real y judicial, ó bien la morada eterna en el seno del Padre; y por lo mismo, cuando decimos que Jesús se sienta á la diestra de su Padre, aseguramos que tiene la misma gloria, la misma felicidad y el mismo poder inmutable y soberano.

Manifiesta lo dicho, que tantas grandezas corresponden al Señor, en razón de su naturaleza divina; pero considerando la gracia de unión que descubre en el Hijo la distinción de naturalezas y la unidad de persona, vemos que Jesucristo es también Hijo de Dios en cuanto hombre, y por consiguiente, está sentado á la diestra de Dios por razón de su adorable persona.

Finalmente, atendida la gracia habitual, más abundante en el Divino Salvador que en todas las criaturas, Su Majestad, en cuanto hombre, está sentado á la diestra de su Padre, esto es, ha entrado, sobre todas las criaturas, en los más excelentes bienes del Padre, en una dicha incomparablemente mayor, y teniendo entre sus manos el

(1) D. Th., cit. a. 2, 3, 4, 5.

poder de juzgar, y existiendo antes de los siglos, como Dios, y consustancial al Padre, se sienta á su diestra vestido de su adorable y gloriosa humanidad (1).

Sentarse, pues, á la diestra del Padre, conviene solamente á Jesucristo. ¿A qué ángel dijo Dios alguna vez: «Siéntate á mi diestra mientras tanto que pongo á tus enemigos por estrado de tus pies»? ¿Por ventura no son todos los ángeles unos espíritus que hacen el oficio de servidores enviados de Dios, para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud? Mas á Jesucristo dice el Padre: «Tú eres mi Hijo. Yo te he engendrado hoy.» Y asimismo: «Yo seré su Padre, y Él será mi Hijo.» Y cuando le introdujo en el mundo, dijo el Padre: «Adórenle todos los ángeles de Dios (2).

¡Cuánta grandeza y hermosura descubrimos en la Ascensión de Jesucristo! Vedle cómo, en compañía de su Santa Madre y de los discípulos, se encamina al monte de los Olivos, á aquel monte donde había orado por los hombres y donde había sido aprehendido la víspera de su pasión: el Señor dirige á sus discípulos sus últimas palabras; están conmovidas de ternura sus entrañas; permite que besen sus manos y sus pies, y reserva para su Santa Madre la llaga del costado.... (3): ¿quién podrá decirnos lo que sintió en aquel instante el alma de María? Es la última vez que

(1) J. Damas., L., 4. Orth. Fid., c. 2

(2) Heb., I, 5, 6, 13, 14. D. Th., p. 3, q. 58, a. 1, 2, 3, 4.

(3) Sylveira, hic.

contempla el rostro de Jesús, y que imprime sus sagrados labios en aquella llaga sacratísima, inagotable fuente de su amor. Las palabras que el Señor ha dicho serán también las últimas que escuche de su boca la Sagrada Virgen; su amor, pues, hacia Jesús hallábase en aquel instante, si lícito es decirlo, en su mayor actividad; y sin embargo, María goza profunda é inalterable paz, está conforme con la voluntad de Dios, á quien bendice y sin descanso adora.

Mezclado se halla con la pena de María, de que hablamos al principio, un gozo inmenso por la gloria de su Hijo, que sube al cielo en medio de los cantos de los ángeles. En efecto, el Señor elevó sus manos, y dió su bendición á María y á los discípulos, y en seguida se iba levantando por su propia virtud; y millares de ángeles, que habían descendido de los cielos, cantaban su triunfo glorioso. «Ascendió Dios, decía David, entre voces de júbilo, y el Señor al son de clarines. Cantad, cantad salmos á nuestro Dios. Cantad, cantad salmos á nuestro Rey, porque Dios es el Rey de toda la tierra; cantad salmos á su nombre» (1).

Si los ángeles obsequian y adoran al Rey de los siglos que sube á su gloria, no le prestan su auxilio, pues se eleva al Señor por su propia virtud.

¡Cuán hermosos cantares resuenan en las altas regiones que atraviesa el Señor! ¡Cuán brillantes y alegres caminan los ángeles! Su hermosura deslumbra, y su gozo estremece las puertas de Sión. Al subir, esos ángeles dicen: «Allanad el camino

(1) Ps. XLVI, 6, 7, 8.

al que sube del triste Occidente. El Señor es su nombre; saltad de contento delante de Dios» (1). Allá en el Empíreo, otros ángeles guardan las puertas de la regia y hermosa ciudad. Mas se acerca Jesús, y los ángeles que vienen con Él, así hablan á los nobles custodios de Sión: «Levantad ¡oh príncipes! vuestras puertas, y elevaos vosotras, ¡oh puertas de la eternidad! y entrará el Rey de la gloria.» ¿Quién es el Rey de la gloria? Los príncipes dicen: «Es el Señor fuerte y poderoso; el Señor poderoso en las batallas. Levantad ¡oh príncipes! vuestras puertas, y elevaos vosotras ¡oh puertas de la eternidad! y entrará el Rey de la gloria.» ¿Quién es ese Rey de la gloria? El Señor de los ejércitos es el Rey de la gloria (2).

§ II.

Mas no son los ángeles los únicos que acompañan á Jesús el día de su Ascensión; Su Majestad consigo lleva cautiva á la cautividad; aquella innumerable muchedumbre de santos que estaban en el limbo, y que eran los gloriosos trofeos de las victorias de Jesús sobre el pecado, la muerte y el infierno; esa muchedumbre cantaba también, venturosa y festiva, al Divino Redentor: «¡Oh Dios, santo es tu camino? ¿Qué Dios hay que sea grande como el nuestro? Tú eres el Dios autor de los pro-

(1) Ps. LXVII, 5.

(2) Ps. XXIII, 7, 10.

digios: Tú hiciste manifiesto á los pueblos tu poderío: con tu brazo redimiste á tu pueblo, á los hijos de Jacob y de José (1). Mas ¿cuál sería el júbilo de esa venturosa muchedumbre, al cantar las glorias de su redención y poder decir á Jesucristo: Conduces hoy al cielo á tu escogido pueblo como otras tantas ovejas, no ya por el ministerio de Moisés y Aarón, sino por tu propia mano?

Hay otra muchedumbre todavía que va con Jesucristo al cielo: es María, son los apóstoles quienes la forman. ¿No estáis viendo á la Sagrada Madre y á los discípulos, que extáticos contemplan á Jesús que va subiendo por los aires? Ellos también, y la Virgen sin pecado, acompañan al Señor y pueden con verdad decir: Hemos subido con Jesús, y el Señor nos ha hecho sentar sobre los cielos, en la persona de su Hijo (2). Sí, Jesús consigo lleva esa muchedumbre que dejó en el mundo, y llévala cautiva, porque el amor echa sus cadenas sobre el cuello de quien ama. Y ¿cuándo pudo haber jamás sobre la tierra amor tan grande como el de la Santa Madre para con su Hijo, y otro tan noble y generoso después de aquél, como el de esos dichosísimos discípulos, entre los cuales está Pedro, el apóstol que más amó á Jesús, y Juan, el más amado del Señor? ¿Buscamos, por ventura, allí en el Olivete, el corazón y los afectos de la tierna Niña y los discípulos que han visto la Ascensión? No los hallaremos, pues que han volado al cielo, siguiendo á Jesucristo.

(1) Ps. LXXVI, 14-16.

(2) Ephes., II, 6.

«María, hemos dicho, y la santa muchedumbre, subían cautivas; mas no de otra suerte el mismo Redentor iba subiendo: ¿no veis las llagas que lleva en los pies, las manos y el costado? Son ellas las esposas, los grillos y cadenas con que el amor le aprisionó. Y si queremos conocer la fuerza y eternidad de esas prisiones, oigamos lo que Él mismo contestó á estas palabras de Sión: «El Señor me ha abandonado y se olvidó de mí.» Cuando Su Majestad subió á los cielos, y fué á su Padre, separóse del mundo según su presencia visible. ¿Podemos, por esto, decir con verdad esas palabras como las dijo en otro tiempo Sión? Si acaso las decimos, tenemos de antemano la respuesta: «No os dejaré huérfanos» (1). Y ahora, desde el cielo nos está diciendo: «¿Puede una mujer olvidarse de su niño, sin que tenga compasión del hijo de su seno? Pero cuando ella pudiera olvidarse, yo nunca podré olvidarme de ti; Mira cómo te llevé yo grabado en mis manos; tus muros los tengo siempre delante de mis ojos» (2).

¿Queremos otra prueba todavía de que, al subir á los cielos, Jesús no se olvida de nosotros, y que el amor incomparable que nos tiene no le deja apartar su mirada de nosotros? Por orden del Eterno se remonta el águila, y coloca su nido en lugares elevados, mora entre breñas, y tiene su habitación en peñascos escarpados, é inaccesibles riscos. Desde allí contempla la comida, pues sus

(1) Joann., XIV, 18.

(2) Isa., XLIX, 15, 16.

ojos ven desde muy lejos (1). El águila divina de que hablamos es Jesús, que se levanta de las tristes catacumbas de este mundo, hasta lo más elevado de los cielos, que subió cumpliendo el precepto de su Padre, que extendió sus alas, y con ellas hizo sombra á sus hijuelos, cuando allá en la cruz dejó clavar sus manos por nosotros; que contempla el manjar desde los cielos, dando á sus criaturas, con amorosa y tierna providencia, todos los bienes que necesitamos. Sus ojos ven desde muy lejos, pues desde el trono de su gloria contempla nuestra vida, descubre los peligros que nos cercan, y nos da al instante su auxilio poderoso (2).

Hé aquí, pues, un gran consuelo durante la ausencia del Señor: vivimos á la sombra de su amor (3), y á todas partes nos siguen sus miradas; si una nube lo ha ocultado á nuestros ojos, es para derramar un rocío de gracias en el alma, y quitarnos la congoja y ansiedad que teníamos por su ausencia (4). Con este mismo fin, entre otros varios, después de la Ascensión aparecieron dos ángeles á los discípulos, allá en el Olivete; venían engalanados con blancas vestiduras, porque aquel era para el cielo un día de gloria, y les dijeron: «Varones de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo? Jesús, que separándose de vosotros ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que

(1) Job, XXXIX, 27, 29.

(2) Cartagena., L. XV, Hom. 2.

(3) Thren., IV, 20.

(4) D. August., homil. 7. De Ascensione.

lo acabáis de ver subir allá» (1). Esos ángeles llámanse varones en el sagrado texto, para indicarnos que han venido á reanimar y dar consuelo á los discípulos (2). Y en efecto, así lo hicieron, y los discípulos quedaron llenos de gozo al oír sus palabras. Aseguran los ángeles que Jesús vendrá del cielo, no terrible, sino lleno de dulzura; en el mismo cuerpo, y con el mismo amor. ¡Felices, pues, esos discípulos á quienes los mensajeros del Empíreo anuncian tanta dicha (3). Respecto de los pecadores no será lo mismo. El Señor, entonces, les dirá: «Hé aquí el hombre á quien disteis muerte; ved las llagas de mis pies y manos. ¿Reconocéis el costado que abristeis con la lanza? Por vosotros, y por daros la salud, fué abierto en otro tiempo; y sin embargo, no quisisteis entrar en el arca de eterna salvación, cuya puerta estaba franca para recibiros (4).

Cuando Jesús ha llegado al trono de su Padre, todos los espíritus del cielo (5) le alaban y bendicen con amorosa y humilde adoración: hé aquí cómo glorifican á Jesús cada uno de los coros de las jerarquías del cielo: Los ángeles le dicen: «Cantaremos, Señor, las alabanzas de tu misericordia y tu justicia; las cantaremos al son de instrumentos músicos» (6). Los arcángeles: «Can-

(1) Act. I, 10, 11.
 (2) D. Epiph. Orat. de Ascen.
 (3) D. August. cit.
 (4) Idem, De Symbolo, l. 2., c. 8.
 (5) Cartagena, L. 15, Homil. 8.
 (6) Ps. c, 1, 2.

tando estaremos sin descanso las misericordias del Señor.... Porque Tú dijiste: «La misericordia estará eternamente firme en los cielos»; y en ellos tendrá seguro apoyo tu veracidad» (1). Las virtudes: «Bueno es tributar alabanzas al Señor, y salmear á tu nombre, ¡oh Altísimo!» (2). Las potestades: «Mi corazón ¡oh Dios! está pronto: dispuesto está mi corazón: cantaremos y entonaremos salmos..., porque hasta los cielos ha sido ensalzada tu misericordia, y hasta las nubes tu verdad. ¡Oh, Dios mío, ensálzate Tú mismo sobre los cielos, y tu gloria por toda la tierra!» (3). Los principados: «A Ti ¡oh Dios! son debidos los himnos en Sión, y á Ti se te presentarán los votos en Jerusalén.... Dichoso aquel á quien Tú elegiste y allegaste á Ti; él habitará en tu tabernáculo» (4). Las dominaciones: «Tributad al Señor la gloria y el honor; dad al Señor la gloria debida á su nombre, adorad al Señor en su Cristo» (5). Los tronos: «Subsistirá ¡oh Dios! tu trono por los siglos de los siglos» (6). Los querubines: «Grande es el Señor, y dignísimo de alabanza en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo» (7). Los serafines: «Tú eres el Señor, altísimo sobre toda la

(1) Ps. LXXXVIII, 2, 3.
 (2) Idem XCI, 2.
 (3) Idem LVI, 8, 12.
 (4) Idem LXIV, 2, 5.
 (5) Idem XXVIII, 2. D. Bonav., hic.
 (6) Heb., 1, 8.
 (7) Ps. XLIV, 2.